

# Carlos Fuentes o la obsesión por la fuerza del destino

---

*Sealtiel Alatríste*

Cuando hace muchos años estudiaba en la facultad de Filosofía y Letras de la ahora agónica Universidad Nacional, el énfasis de mis maestros estaba puesto en que pudiéramos descifrar los secretos de la escritura; eran los años en que el estructuralismo se había puesto de moda y el término “crítica objetiva” rodaba por los pasillos de la facultad para ver quién era el *guapo* que se atrevía a atraparlo. La visión personal, que se dio en llamar “crítica impresionista”, había caído al más bajo de los peldaños, y atreverse a defenderla era más que un desatino, arriesgarse a reprobar fulminantemente. Eran tiempos, como ustedes comprenden, en que un alumno sabía que podía suspender más materias, y que tal hecho se desprendía de que sus conocimientos eran escasos y no constituían, como ahora piensan los compañeros del CGH, una violación a los derechos humanos del alumnado.

¿Qué obtuvimos de aquel sesudo esfuerzo de crítica objetiva? Nada, o bueno, sí, algo: un alejamiento paulatino del placer de la lectura, e hicimos caer el ejercicio crítico en el tobogán de la indiferencia. Recuerdo que entonces casi todos los alumnos de la facultad comprábamos libros de crítica, y que las editoriales del momento tenían una colección de estudio literario, colecciones que hoy son prácticamente impensables. Más de veinte años de vida editorial me han convencido de que el ejercicio crítico es, finalmente, la expresión escrita de una experiencia con la lectura, y que aquello que queríamos objetivo, al tratar de descifrar la escritura de un autor, es una quimera. Cuando uno lee, sólo es capaz de descifrar su propio mundo, o, dicho de otra manera, leer es poner en contacto el mundo interior del lector con el mundo mágico de la escritura, y criticar, hacer crítica literaria, es ir afanosamente por la cifra que representa ese contacto, donde, dicho sea de paso, se realiza eso que llamamos literatura.

---

\*Título de la Redacción

Soy lector de Carlos Fuentes desde mi ya muy lejana adolescencia, e inicié mi carrera literaria bajo la poderosa influencia de su novela *Zona sagrada*. No voy a contar aquí lo que significó aquella lectura, pero sí me gustaría decir que parte de lo que hoy creo que es la lectura me viene de aquel encuentro con *Zona sagrada*, pues, si ustedes recuerdan la novela, sabrán que el personaje central —una tal Claudia Nervo— está inspirado en María Félix; y cómo, me pregunto, ¿le hace uno para ser “objetivo” con una novela que se le mete a uno en sus sueños amorosos? La Claudia Nervo de la que yo me hice, tenía la cara de la María Félix que durante noches y noches había yo evocado en la soledad de mi habitación de púber atormentado, y, finalmente, esa zona sagrada de la novela, ese sitio recóndito donde vive el narrador, era mi propio círculo de soledad. La magia de la literatura, lo entendí entonces, radicaba en permitir que mis sueños se nutrieran con el poderoso lenguaje de un autor; en este caso, del de Carlos Fuentes.

Pocos escritores han concebido tan claramente su vocación literaria como Fuentes. Leyéndolo, uno se percata que no podría haber elegido otra profesión que la de escritor. Él mismo lo ha dicho muchas veces: “Todas las mañanas me despierto contento porque sé que voy a volver a escribir. Escribir no es lo único que sé hacer, sino lo único que me gusta”. Este narrador apasionado, vehemente, que parece no conocer la palabra cansancio, ha querido que todo lo que toca, todo lo que piensa, todo lo que desea, se vuelva literatura, y desde muy joven emprendió la creación de una obra narrativa que poco a poco va reuniéndose bajo el nombre de *La edad del Tiempo*.

Fuentes publicó su primer libro de cuentos, *Los días enmascarados*, en 1954, a la edad de 26 años, obteniendo un éxito que lo colocó inmediatamente como uno de los grandes escritores mexicanos. El relato principal del libro, “Chac mol”, ha sido incluido en gran cantidad de antologías y ha servido para ilustrar la constante presencia que los mitos tienen en la vida de los mexicanos. Quizás a partir de ese cuento se puede comprender una característica esencial del estilo narrativo de Fuentes: la obsesión por la fuerza del destino, el papel que juega la identidad nacional en nuestra vida, o, dicho de otra manera: sólo al descifrar literariamente sus mitos, se accede a la realidad mexicana.

Como los grandes maestros del siglo XIX, Carlos Fuentes ha recorrido, una y otra vez, la historia, las creencias, el futuro, los placeres, los complejos del pueblo mexicano, para hacer de la suya una literatura que desborde los trasnochados conceptos nacionalistas y enraíce en el universo de lo profundamente humano.

Cuando, en 1958, apareció su primera novela, *La región más transparente*, el personaje de Ixca Cienfuegos consolidó el estilo narrativo de Fuentes, pues Ixca desplaza su conciencia desde el trasfondo mágico a la reflexión revolucionaria del presente de su país, y siendo tan mexicano es, posiblemente, el personaje más entrañable para los lectores no mexicanos de Carlos Fuentes. *La región...*, por otro lado, consolidó el éxito internacional de su autor: inmediatamente fue aclamada como una de las grandes novelas del medio siglo, y mostró la compleja realidad de la ciudad de México.

Tengo que confesar que leí *La región...* años después de *Zona sagrada*, o sea que tuve un inicio de lector de Fuentes que pudiéramos llamar ortodoxo, pero desde el principio me atrajo una circunstancia: tenía la sensación de encontrarme frente a un mural de Diego Rivera. Era como si Fuentes me presentara la historia mexicana de los años posrevolucionarios con un estilo de muralista, y que, finalmente, convivían en mi mirada los años de Zapata con los de Calles, los ideales cardenistas con el pragmatismo alemanista, o que los poetas de la generación de los Contemporáneos se vieran las caras con los escritores del fin de siglo XIX. Un mural de Rivera, el que está en la escalera de Palacio Nacional, por ejemplo, provoca la sensación de que la historia entera de México convive en el presente, o que todo nuestro presente vive en el pasado. Es, dijéramos, como una experiencia cubista, donde al ver el rostro de un personaje de Picasso estuviéramos presenciando varios instantes de su vida: una mujer que llora nos entrega, al mismo tiempo, sus instantes de alegría; y un músico que se aferra a su guitarra y que cifra su seguridad en el instrumento es, de la misma manera, un ser absolutamente aburrido de la música. Esa es la magia del cubismo que nos entrega la simultaneidad del tiempo —ojo, no de los tiempos, sino del tiempo—; es también la magia de los murales de Rivera, en los que podemos recorrer el tiempo de México, no nuestra historia, sino esa suerte de experiencia compartida en la que el hijo de una india es, a la vez, el primer mestizo de ojos azules, y el niño Diego autorretratado como hijo de Frida Khalo. *La región más transparente* también parecía darnos este retrato instantáneo del tiempo, y era posible convertir a Ixca en un niño Diego, que es a la vez hijo de Teódula, la vieja bruja.

Me volví a encontrar con esta sensación de simultaneidad del tiempo leyendo *Los años con Laura Díaz*. Me dirán que me equivoco, pues si algo define a esta novela es su estructura lineal, el paso lento, lentísimo, de los acontecimientos, que los hace perfectamente diferenciables. Quizá se podría decir que *Los años...* es, en realidad, la primera novela realmente histórica de Fuentes. Nos encontramos muy lejos de la visión de *Artemio*

*Cruz*, donde, a partir del cambio de narradores, y de un juego temporal, uno tiene la sensación, efectivamente, que todo sucede en el presente, o, como dije, sirviéndome del ejemplo de un cuadro cubista, que uno es capaz de ver el vez y el envés de un objeto o una persona.

En el recorrido que Carlos Fuentes hace de la vida de Laura Díaz, todo está ordenado, se diría, obsesivamente, y, sin embargo, no puedo evitar que su lectura me produzca la sensación de simultaneidad que observo en los murales de Rivera. ¿Por qué? Tengo la impresión que *Los años...*, más que una novela histórica, desmonta el estilo de Fuentes, y que, ordenados como si fueran parte del mecanismo de un reloj, los hechos de la novela son los grandes momentos de la historia del siglo XX mexicano. La vida de Laura Díaz, su historia, es la Historia de México, y, ante nuestros ojos, va desfilando el siglo, como si contempláramos un proceso de acumulación. Por ello, tal vez el capítulo central de la novela, y quizás el que más me gusta, cuenta la forma en que Rivera pintó uno de sus murales; por ello, también, la novela se inicia con la descripción de ese mural, y termina de la misma manera, con el mural frente a nuestros ojos.

Vuelvo a la idea del desmontaje. Si *La región...* nos da este gran fresco de la vida mexicana reduciendo el tiempo real a unos cuantos días, pero narrando el primer medio siglo de nuestra historia, *Los años con Laura Díaz* parten de un momento, de un mural, para después irnos dando, paso a paso, cada uno de los muchos instantes concentrados en ese mural. Si volviese a utilizar la imagen del cubismo, diría que *Los años...* nos ofrecen primero el cuadro total, y, después, cada uno de los estudios que comprenden ese gran fresco. Es como si pudiésemos ver el *Guernica* y todos los estudios previos que de él hizo Picasso.

Vuelvo al principio. No trato de desentrañar la escritura de Carlos Fuentes, intento descifrar el cúmulo de imágenes que me despiertan sus novelas. Leyendo *Los años con Laura Díaz* he recordado aquella mañana en que mi padre me llevó a desayunar al Sanborns de Los Azulejos, y me dijo que después me enseñaría una pintura maravillosa. Al cabo me tomó de la mano y me llevó a la recepción del desaparecido Hotel del Prado: ahí estaba, con todo su esplendor, el mural con que Diego retrató la vida en La Alameda Central. Me pareció que ahí estaba mi familia, que ahí vivían los colores con que empezaba a aprehender mi ciudad. Recordé aquella lejana mañana, reviví mis emociones leyendo el transcurso del siglo en las páginas que nos narran la vida de un personaje entrañable: Laura Díaz.